



Luis Durand

VISION DEL CAMPESINO CHILENO

I

LOS aletazos resonaron recios y casi al mismo tiempo, el gallo lanzó su canto, que llenó el ámbito estrecho del rancho. Una claridad indecisa, apenas se filtraba por entre la quincha. Muy pronto se oyó en las viviendas próximas el mismo canto: breve, melancólico, desvaído. Un vientecillo de Mayo, traminante, hostil, agitaba las tiras deshilachadas, del techo de totora, que colgaban del alero del rancho. Dentro, crujió la pallasa de hojas de maíz, tosió un chiquillo y estornudó un hombre. El perro acurrucado bajo el cobertizo, le aulló friolento a la última visión nocturna. Juan Inquilino, se puso los pantalones, húmedos todavía, de chapalear en el barrizal del potrero donde estuviera sembrando el día anterior, y se enderezó al borde del lecho para calzarse las «chalias» que se amarró al tobillo con un «tiento» de cuero crudo ablandado con sebo. El sabe que aquel reloj de carne no se equivoca jamás. Era la hora de levantarse. Las gallinas dejaban la escalera y se arremolineaban cloqueando ante la puerta que luego abrió Juan. La noche lanzó su último bostezo, que se coló helado hasta el interior, levantando el «pulchen» de la ceniza donde quedaban aún restos de los tizones de la fogata de la víspera.

Envuelto en su mísero poncho, desflecado y de un color que él mismo ya olvidó, Juan ganó el callejón barroso, donde las hojas amarillas de los álamos terminaban su breve vida de luz y de sol. La campana de «las casas» dejó oír entonces su voz tristona, trémula y monótona, que llevaba al trabajo. Por el camino iban otros hombres, hermanos de Juan en la precaria herencia, de dar todo el esfuerzo de una vida, al servicio de aquellos para quienes la tierra era siempre generosa. La mañana era torva, huraña, sombría. Lejanamente oíase el grito de los vaqueros arreando los bueyes de labor, hacia la puerta del potrero de la siembra. Agazapados tras de unos álamos, donde tiritaban angustiadas las últimas hojas, unos nublados densos acechaban al día.

El llavero con la nariz roja, entumecido, reparte el apero. Yugos, coyundas, cabrestos. Los peones a buen tranco desfilan con ellos al hombro, en dirección al campo de labor. Dos o tres mayordomos, cuyas bestias sudorosas exhalan por todos los poros una débil neblina de humedad, esperan las raciones. El hombre de las llaves las cuenta cuidadoso. ¿Cuántas teníaí vos?—pregunta desconfiado.—Bueno, doce, y con la ración de la Melania; trece. Harina, grasa, sal. Ya está. Ahora la galleta. Una, dos, tres... ¡Todo al saco!—sonríe desmayado el mayordomo.—Toó vá pal mesmo depósito.

Afirma las riendas, hiere los flancos húmedos y arranca al galope. Lleva por delante el saco mugriento, con su tesoro mísero, pero tesoro al fin. Al pasar frente a la casa del patrón, una moza de carrillos encendidos, cruza la galería llevando una gran bandeja: café, té, leche, tostadas, dulce. Es el desayuno para los patrones.

Juan Inquilino ya está en el surco. Los bueyes se azotan el flanco, mansamente. Algunos novillos de primeras enyugas mugen temblorosamente. La

tierra ahora, arcilla blanda, recibe sin rebeldía el filo del puntón. Unos tiuques que chillan plañideros van tras de las yuntas.

—Solimán, Venado... ¡Chiiíst!...

Melania en la «rancho» ya tiene el fondo de fierro en el fuego. Mal que mal, ella despunta sus trocitos de masa de las «pantrucas» y hace una «churrasca» para su mate. Luego arriba el mayordomo. Grave-mente cuenta en los puños las raciones. Todo está conforme.

Y el tiempo pasa. Otra vez la campana se oye le-janamente, voz extraña, sin afectos. Es la hora del desayuno. Los hermanos de Juan Inquilino, incluso él, se agrupan junto al mayordomo para recibir la galleta. Sentados en el timón del arado se la comen a mordiscos; otros apoyados melancólicamente en la manquera. Después un cigarrillo de hoja, largo, de-forme, amargo, áspero: ¡delicioso! Y tras un rato de conversación lenta, el mayordomo sale de la rancho, y monta en su bestia, extenuada y humeante, para gri-tar:

—¡Vamos niñitos... vamolé!

Y los niñitos van de nuevo tras los bueyes, con el extremo de la garrocha cerca del ijar; la mano en la manquera. Tras ellos los tiuques chillando plañidera-mente. Es el Otoño....

II

Toda la noche el huracán ha soplado con violencia, con furia loca. Ha ululado en la oquedad de las mu-rallas y de los tranqueros. También entre las piedras enormes de los cerros. Destrozó las quilas y abatió los robles centenarios de la montaña. Después rizó de temblores negros el convoy aéreo de las nubes es-pesas, y empujó con estrépito a los troncos en la onda

desmelenada y rugiente del río. En el llano azotó despiadado el rancho de Juan Inquilino, arrancándole el techo de paja cortadora, para meterse dentro de la vivienda como un bandido, agitando a hombres y cosas en un rudo bailoteo de terror y desamparo. Después huyó bramando, seguramente, a fatigarse estrellando su fuerza en los farellones cordilleranos. Entonces unas nubes rezagadas, nerviosas de tanto batallar se deshicieron en copiosa lluvia sobre el campo inundando el rancho de Juan Inquilino. Y éste, sintiendo cómo el agua se escurría a torrentes sobre su torso, estuvo techando de nuevo su vivienda. Con restos de paja, con tablas viejas, con latas. El alba gris le sorprendió en esta tarea. Adentro todo era un lodazal. Fué necesario hacer una fogata, para secar las pilchas y por eso no le fué posible salir al trabajo en la primera hora. Llegó cuando sonaba la campana del desayuno y por este motivo no tuvo derecho a la ración de la mañana.

En la casa la mujer estaba enferma. Los chiquillos tiritaban junto al fuego. Después a la mayorcita se le quemaron las pantrucas del almuerzo, y como no había otra cosa fué menester comerlas así. En tanto, Juan Inquilino trabajó toda la mañana en la bodega trasvasijando el vino de los toneles y luego dando vueltas a la máquina desgranadora de maíz. En los momentos en que la ocasión fué propicia se empinó el tiesto rebosante de tinto. Esto le calentó el cuerpo, y le dió energías que luego se trocaron en desmayo cuando sus músculos se aflojaron y su mirada entontecida reflejaba no entender lo que se le ordenaba. Entonces el bodeguero lo insultó gritándole cosas soeces, insultos gruesos:

—¡Borracho sinvergüenza! ¡Animal!

Afuera en tanto, seguía lloviendo copiosamente. Los canales de regadío eran torrentes bramadores, que vomitaban agua sucia, inundándolo todo. En

la rancha felizmente arde un lindo fuego. Las llamas chisporroteantes se retuercen en lenguas azules. Juan Inquilino, y todos sus hermanos de destino comen los porotos con hartó ají, alrededor de la fogata. Algunos llegan arremangados hasta más arriba de la rodilla, chorreando de todas partes, como si ellos mismos se fueran a deshacer. Son los hombres que sacan los «tacos» en los potreros a fin de que el temporal no inunde los caminos.

En las casas, arde la chimenea del comedor. Los señores abrigados en sedosos ponchos de vicuña, leen junto a ella, novelas de Xavier de Montepin.

—¿Qué tal?—pregunta uno.

—Linda obra. Preciosa.—Y luego con gesto de fastidio: ¡Hombre! ¿Hasta cuándo irá a llover?

Por el camino va a esa hora Juan Inquilino. Uno de sus hermanos le grita al pasar:

—¡Qué tiempo compadre! Medio día apenas se pudo trabajar.

—Tuvo suerte. A mí sólo me rayaron, un cuarto.

En el fondo del camino, el arco iris se curva sutil, vagoroso, entre las nubes. Ha cesado de llover. Mañana habrá sol y los señores saldrán de caza. En el rancho de Juan cuyo piso es un charco, hará mucho frío. Pero el invierno es así....

III

La primavera toca su flauta de ensueño entre los montes. Los esteros han vuelto cantando a su lecho de arenas brillantes, y el agua bajo el ramaje, tiene una limpia transparencia de cristal. Arriba hay un cielo azul, puro como una mirada de sinceridad. A Juan Inquilino lo encontramos hoy en los campos del sur, donde aun hay caminos a medio desbastar, bosques inmensos que tienen un corazón fresco y fra-

gante, hecho de grandes árboles cubiertos de hojas tiernas, cuya alta ramazón en la clara luz del austró, ondea como un oleaje verde y dorado.

Juan Inquilino a pesar de la opulencia de la naturaleza es siempre pobre. En las altas lomas arcillosas, hace el barbecho, sobre el cual en el Otoño próximo, esparcerán los granos que guardarán para este objeto, las bodegas de la hacienda. En la media tarde, y como siempre, va con sus pasos lentos tras los bueyes, rompiendo con su arado la dura costra de la tierra erizada aún de troncos y pedruzcos. El viento sur agita sin cansarse sus invisibles alas, levantando un polvo delgado que se entra por las orejas y la nariz, porfiadamente, y circunda los ojos de extrañas ojeras. Juan lleva amarrado a la cintura su tarro de lata y a veces, cuando el cansancio le rinde, baja hasta la quebrada a humedecer su ración de harina tostada en el estero. Las ramas de los helechos le dan su abrazo de suavidad. A lo lejos oyese el golpe del hacha de sus hermanos que en el seno de la montaña, parten la leña que consumirá el motor de la trilladora en la cosecha; otros hacen estacas para los cercos. Aun se divisa una que otra columnita de humo que surge de la «percha» de algún carbonero retrasado.

Pero en todo el ámbito hay un hálito de vida, de energía nueva. Es verdad que en el rancho ya se acabó el trigo, los porotos, la harina. Hubo de recurrir a la bodega de la hacienda. Para esto Juan Inquilino vendió en yerba, parte de su cosecha próxima: las crías de la chancha y la parvada de pavos nuevos, que pican los yerbajos junto al rancho. Fué preciso también, comprar unos metros de casineta y de tocuyo para él; percalas y franelas para la mujer y los chicos. Pero no importa: hay una voz de esperanza en todo: pían los polluelos junto a la cerca y la vaca que le dieran a medias, hace días parió un hermoso ternero clavel. Este año habrá leche para darle a los

chicos siempre hambrientos. Además, aquí el campo es más pródigo que el de la zona central. Hay días que después de una lluvia, los montes amanecen blanqueando de digüñes y de dulces pinatras. Los gargales, entre los robles ofrecen su carne tierna y jugosa... También, entre días un ramo de copihues rojos suele venderse bien, a la pasada del tren en la estación cercana. Luego habrán cógüiles, peumos, maqui y avellanas. Es por eso que Juan Inquilino tiene aquí, los hombros más anchos y la mirada llena de luz.

Por las noches, entre las rendijas del rancho, el viento canta su canción de melancolía. Es cierto que en su interior hay hambre, pero a pesar de ello, hay una gran esperanza. La primavera es como la dulce y esquiva palabra de una mujer hermosa, a quien presentimos que un día nos entregará la miel de su boca y el calor de su corazón.

IV

Las sementeras ondulan en la ardiente caricia del sol. Juan va ahora sentado sobre la dura silla de fierro de la máquina cortadora, arreando las yuntas de los mejores bueyes de la hacienda. Bueyes enormes, de pelaje suave ahora humedecido de sudor, caminan jadeantes empujando la mesa de la cortadora que troncha el trival rumoroso, y lo arroja a la vera, rendido, en gavillas doradas. Los tábanos de vientre verde metálico y alas azules transparentes, hostigan a las bestias de labor, que se defienden con la cola y fuertes tirones de la piel. Un sol abrasador hiere sin piedad a Juan Inquilino, por cuyo rostro se escurre su sudor en gruesos goterones espesos de polvo. Atrás vienen los carros emparvadores, y las horquetas de dientes bruñidos, donde refulge la luz, se hincan en las gavillas, sin cesar. Crujen las ruedas de palo de

los carros. con un crujir largo, que es como un au-llido y ruedan hacia las eras donde se levanta la parva rubia junto a la trilladora, que tragan vorazmente las gavillas, que los hombres le echan, sin tregua, por su ancha bocaza.

Todo ahora es actividad anhelante. Corren los jinetes. Cruzan las carretas cargadas de sacos, o llevando las pipas llenas de agua, para apagar la inmensa sed del motor, que a ratos apura con agudos pitazos. Hay momentos en que la trilladora se atraganta y entonces caen las correas y quedan las poleas girando vertiginosas, heridas por el sol. Los hombres cuya camisa empapa el sudor, pegándola al cuerpo, se sumergen por los agujeros del monstruo de fierros, para sacar el taco de espigas, y paja triturada, colocan las correas, lanza el motor de nuevo un pitazo, breve, y el volante da su estironazo al cual responde un ¡chas-chas! ronco. Los hermanos de Juan Inquilino gritan gozosos:

—¡Ya niñitos... Vamolé!

Bajo la ramada, Melania, con la cabeza envuelta en un trapo, revuelve los porotos hirvientes, donde resaltan las rojas costras del ají. A ratos va a buscar una brazada de leña junto al monte entre el cual, el aire es espeso y ardoroso de aromas y de sol; vibrante de tábanos y moscardones. Y cuando llega el medio día el motor lanza un pitazo, esta vez muy largo, el cual responde como un eco, al otro lado de los cerros, desde las demás eras. Es la hora del amuerzo.

* * *

Y cuando el crepúsculo, abre junto al horizonte su flor romántica, los miembros de la familia, de Juan Inquilino vienen a trillar su triguito sembrado en el cerro. Son unas carretitas endebles, torcidas, cargadas

de gavillas apretadas (espigas cortadas y amarradas a mano) que se detienen como avergonzadas junto a los grandes carros de la hacienda. De una pasada, la máquina se traga aquella cosecha. Los hombres sacuden cuidadosos los arneros y recogen los granos revueltos con tierra. En seguida el mayordomo cobra la maquila y las «ditas». Juan Inquilino ha trillado siete sacos. El mayordomo dice implacable:

—Vos tenís una dita de cuatro sacos con la hacienda. La maquila son tres almudes.

Juan Inquilino, enarca el torso inclinándose con gesto resignado. Bornea en seguida sus dos sacos restantes sobre la carretita. Los demás hombres hablan a media voz sumidos en la parva. Cantan los pájaros entre el monte cercano. Todo se llena de paz y dulcedumbre. El mozo llega del pueblo y entrega una carta al administrador. Es del patrón que le escribe de Viña del Mar.

«Preocupado con los negocios y el veraneo de la familia le dice—no he podido llegar hasta allá, pero lo haré muy luego. ¿Cómo andan los rendimientos? No te olvides de cobrarle a Juan, mira que ese es muy pillastrón. Yo tengo que quedarme unos días más, pero estoy tranquilo, porque sé que tú estás preocupado de todo....»

Satisfecho y grave, el administrador guarda la carta. Melania, que es una intrusa, grita: ¿Cómo está el patrón? Desde lo alto del camino, llegan los chirridos de la carreta de Juan, que rueda en la sombra, hacia el rancho...

Es Marzo y luego se acabará el verano.

